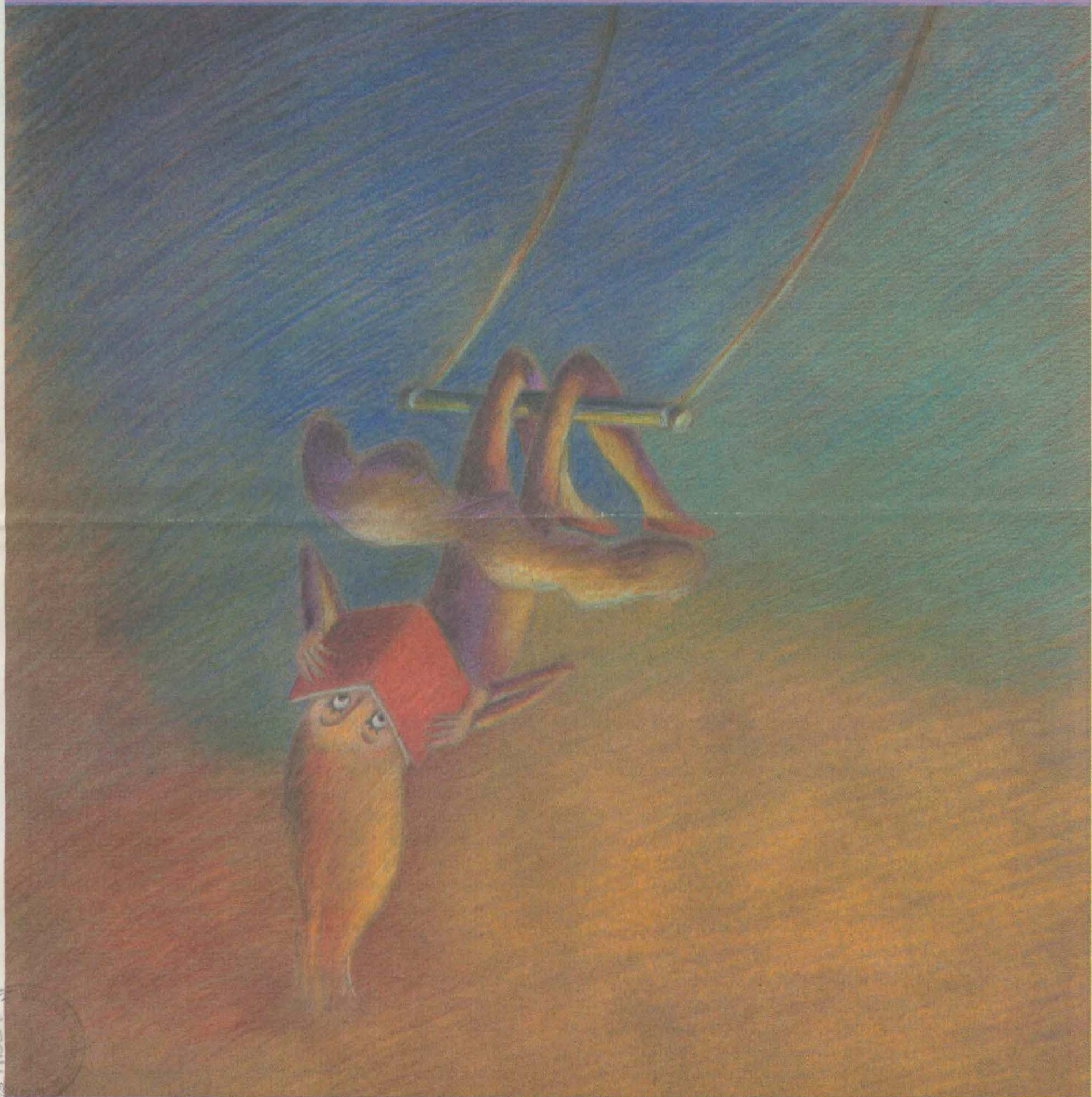


# Pasión por leer

VIERNES 9  
DE MARZO  
DE 2007

LECTURAS PARA COMPARTIR



Ana María Shua (escritra argentina)

"... descubrí que podía ser un pirata y muchos, y la ciudad de Maracaibo y ser hombre, manatí, horror o piedra.(...) Había descubierto un recurso que me permitía desprenderme de mi propio cuerpo, dejarlo allí, abandonado, con un libro en la mano y viajar en el tiempo, en el mundo, en el espacio, ser al mismo tiempo un caballo y el que escribió a ese caballo, ver a través de sus ojos y sus oídos, compartir la mente de esas personas que desplegaban ante mí el mundo, el mundo verdadero, el único con sentido humano: el mundo de la palabra."



H 0022649

Campana Nacional de Lectura

2007-03-09 4



9/3/07

## EXAGERÓ LA NOTA DE ANTÓN CHEJOV

La finca a la cual se dirigía para efectuar el deslinde estaba a unos treinta o cuarenta kilómetros, que el agrimensor Gleb Smirnov Gravrilovich tenía que recorrer a caballo. Se había apeado en la estación de Gñilushki.

(Si el cochero está sobrio y los caballos son de buen tranco, pueden calcularse unos treinta kilómetros; pero si el cochero se ha tomado cuatro copas y los caballos están fatigados, hay que calcular unos cincuenta.)

—Disculpe, señor gendarme, ¿podría decirme dónde puedo encontrar caballos de posta? —le preguntó el agrimensor al gendarme de servicio en la estación.

—¿Cómo dice? ¿Caballos de posta? Aquí no hay un perro decente en cien kilómetros a la redonda. ¿Cómo quiere que haya caballos? ¿Tiene usted que ir muy lejos?

—A la finca del general Jojotov, en Devkino.

—Intente en el patio, al otro lado de la estación —dijo el gendarme, bostezando—. A veces hay campesinos que llevan pasajeros.

El agrimensor suspiró y, malhumorado, pasó al otro lado de la estación. Después de muchas discusiones y regateos, se puso de acuerdo con un campesino alto y recio, de rostro sombrío, picado por la viruela, que vestía un chaquetón roto y calzaba unas botas de abedul.

—Vaya carro —gruñó el agrimensor al subir al destartado vehículo—. No se sabe dónde está la parte delantera ni la trasera...

—Nada más fácil —contestó el campesino—. Donde el caballo tiene la cola es la parte de adelante y donde está sentado su señoría es la parte de atrás.

El caballo era joven, aunque muy flaco, abierto de patas y con las orejas caídas. Cuando el campesino, levantándose de su asiento lo azotó con el látigo, el caballo se limitó a sacudir la cabeza; al segundo latigazo, acompañado de una blasfemia, el carro rechinó y empezó a temblar como si tuviera fiebre. Después del tercer azote, el carro tambaleó; sólo después del cuarto, se puso en marcha.

—¿Crees que llegaremos a este paso? —preguntó el agrimensor, dolorido por las fuertes sacudidas y maravillado de la habilidad que muestran los carreteros rusos para combinar la marcha a paso de tortuga con sacudones capaces de arrancarle a uno el alma del cuerpo.

—¡Por supuesto! —respondió el carretero, en tono tranquilizador—. El caballo es joven y animoso... Cuando se pone en marcha, no hay modo de detenerlo. ¡Arre-e-e, maldi-i-i-to!

Cuando el carro salió del patio de la estación empezaba a oscurecer. A la derecha del agrimensor se extendía una llanura interminable, oscura y helada. Probablemente conducía al lugar donde Cristo dio las tres voces... En el horizonte, donde la llanura se confundía con el cielo, se extinguía perezosamente el frío crepúsculo de aquella tarde otoñal. A la izquierda del camino, en la oscuridad, se alcanzaban a ver unos montones que indistintamente podían ser pilas de heno del año anterior que casas rurales. El agrimensor no veía lo que había delante, pues en aquella dirección su campo visual

quedaba tapado por la ancha espalda del carretero. La calma era absoluta. El frío, intensísimo. Helaba.

"¡Qué parajes más solitarios!" pensaba el agrimensor, mientras trataba de taparse las orejas con el cuello del abrigo. "Ni un solo árbol, ni una sola casa... Si por desgracia te asaltan, nadie se entera, aunque dispires un cañonazo. Y el cochero no tiene un aspecto muy tranquilizador que digamos... ¡Vaya espaldas! Un tipo así te pega un trompazo que te saca el hígado por la boca. Y su cara es de lo más sospechosa..."

—Oye, amigo —le preguntó al cochero—. ¿Cómo te llamas?

—¿A mí me hablas? Me llamo Klim.

—Dime, Klim, ¿qué tal andan las cosas por aquí? ¿No hay peligro? ¿No hay quienes hagan bromas pesadas?

—No, gracias a Dios. ¿Quién va a gastar bromas en un lugar como éste?

—Me alegro de que no tengan esas intenciones. Pero, por las dudas, voy armado con tres revólveres —mintió el agrimensor—. Y, con un revólver en la mano, el que quiera buscarme las pulgas está arreglado: puedo enfrentarme con diez bandidos, ¿sabes?

La oscuridad era cada vez más intensa. De pronto el carro emitió un quejido, rechinó, tembló y dobló hacia la izquierda, como si lo hiciera de mala gana.

"¿A dónde me lleva este sinvergüenza?" pensó el agrimensor. "¡Vamos en línea recta y ahora, de repente, dobla a la izquierda. Sabe Dios... quizás a alguna cueva de bandoleros... y... no sería la primera vez..."

—Escucha —le dijo al campesino—. ¿De veras no son peligrosos estos caminos? ¡Qué lástima! Con lo que a mí me gusta verme cara a cara con los bandidos... Aquí donde me ves, con mi aspecto flaco y enfermizo, tengo la fuerza de un toro... En cierta ocasión me atacaron unos bandidos. Pues bien, lo sacudí a uno de tal modo, que ahí quedó, ¿entiendes? Y los otros, gracias a mí, fueron enviados a Siberia condenados a trabajos forzosos. Ni yo mismo sé de dónde saco tanta fuerza... Tomo con una mano a un hombrón como tú... y lo volteo.

Klim miró de reojo al agrimensor, parpadeó y arreó al caballo.

—Sí, amigo —continuó el agrimensor—. Pobre del que se meta conmigo. Le arranco los brazos, las piernas y de postre, el bandido tiene que vérselas luego con los tribunales. Todos los jefes de policía y todos los jueces me conocen. Soy un funcionario del Estado, un personaje... La Superioridad sabe que hago este viaje... y está pendiente de que nadie se meta conmigo. A lo largo del camino, detrás de los arbustos, hay soldados y gendarmes apostados. ¡Para! ¡Para! —bramó súbitamente—. ¿Dónde te has metido? ¿Adónde me llevas?

—¿No tiene ojos usted? ¡Al bosque!

"Es cierto, al bosque" pensó el agrimensor. "¡Me había asustado! Pero no me conviene que este hombre se dé cuenta de mi preocupación... Ya se dio cuenta de que tengo miedo. ¿Por qué se vuelve a mirarme tantas veces? Seguro que está tramando algo... Antes avanzaba a paso de tortuga y ahora vuela."

—Oye, Klim, ¿por qué arreas de ese modo al caballo?

—Yo no hice nada. Se ha puesto a galopar por iniciativa suya. Cuando echa a correr, no hay modo de detenerlo... Con esas

patas que tiene...

–¡Mientes, amigo! ¡Mientes! Y te recomiendo que no corras tanto. Frena un poco al caballo. ¿Me oyes? ¡Frénalo!

–¿Por qué?

–Porque... porque detrás de mí debían salir otros cuatro camaradas de la estación. Tienen que alcanzarnos... Prometieron alcanzarme en este bosque... El viaje será más entretenido con ellos... Son gente sana, fuerte... los cuatro llevan pistola... ¿Por qué te das vuelta tantas veces y te agitas como si tuvieras agujas en el asiento? ¿Eh? ¡Cuidado, amigo! ¿Tengo monos en la cara? Lo único que tengo interesante son mis revólveres... Espera, voy a sacarlos y te los enseñaré... Espera...

El agrimensor fingió buscar en sus bolsillos; pero en aquel instante sucedió lo que nunca se hubiera imaginado, a pesar de toda su cobardía; Klim se lanzó de repente fuera del carro y se fue corriendo en cuatro patas hacia la espesura del bosque lindante.

–¡Socorro! –empezó a gritar–. ¡Auxilio! ¡Llévate el caballo y la carreta, maldito, pero no me condenes el alma! ¡Socorro!

Se oyeron pasos que se alejaban veloces, crujidos de ramas al quebrarse, y luego reinó el silencio. Lo primero que hizo el agrimensor, que no se esperaba aquella situación, fue detener el caballo. Luego se acomodó lo mejor que pudo en el carro y empezó a pensar.

"El muy imbécil ha huido, se ha asustado... Bueno, ¿y ahora qué hago? No puedo seguir adelante, porque no conozco el camino, y, además, podrían creer que he robado el caballo... ¿Qué hago?"

–¡Klim! ¡Klim!

–¡Klim! –le respondió el eco.

La sola idea de tener que pasar la noche en aquel oscuro bosque, al aire libre, sin más compañía que los aullidos de los lobos, el eco y los relinchos del caballo le ponían la piel de gallina.

–¡Klimito! –empezó a gritar–. ¡Amigo! ¿Dónde estás, Klim?

El agrimensor pasó casi dos horas gritando, ya se empezaba a quedar sin voz y se había hecho a la idea de pasar la noche en el bosque, cuando una débil ráfaga de viento llevó hasta sus oídos un lamento.

–¡Klim! ¿Eres tú, amigo? ¡Acércate!

–¿No... no me matarás?

–Sólo quise gastarte una broma, querido. ¡Te lo juro! ¡No llevo ningún revólver, créeme! ¡Te he mentado por miedo! ¡Vámonos, por favor! ¡Me estoy helando!

Klim comprendió que si el agrimensor hubiera sido un bandido, como había temido, se habría marchado con el caballo y la carreta sin esperar más. Salió de su escondite y se dirigió hacia el vehículo con paso vacilante.

–¡Vamos! –exclamó el agrimensor–. ¡Sube! Te he jugado una broma inocente y te has asustado como un niño.

–¡Dios te perdone! –gruñó Klim, subiendo al carro–. Si me lo hubiera imaginado, no te hubiera llevado ni por cien rublos de plata. Por poco me muero del susto...

Klim azotó el caballo. El carro tembló. Klim azotó al animal por segunda vez y la carreta se tambaleó. Después del cuarto latigazo, cuando el carro se puso en marcha, el agrimensor se tapó las orejas con el cuello del abrigo y se quedó pensando. Ahora ni el camino ni Klim le parecían peligrosos.

ANTON CHEJOV (1860-1904)

## LA SANTA DE SANDRA COMINO

China, a pesar de haber transitado consciente sus últimos días de vida, no se dio cuenta de que iba a morir, al menos eso fue lo que me dijeron sus hermanas que la cuidaron todo el tiempo obligándose a tener ganas de hacerlo. Poner una enfermera hubiera sido una vergüenza para ellas que habitaban el pueblo, y donde el cariño de la gente se medía por el cuidado hacia los propios enfermos, la concurrencia a los velorios y a las misas, en especial la de los domingos a la mañana. También hubiera sido una deshonra, para familia tan numerosa, tener que contratar a alguien, cuando todos predicaban la unión familiar aún en la desunión interna.

Negrito, el hijo de China, no estaba cuando a ella le cerraron los ojos para siempre, por ese motivo, su tía Sonia se quejó y dijo:

–No debió despegarse de la madre en estos momentos.

Le contestó Alba, la hermana más chica de China:

–Sonia, ¿no te acordás que vos misma lo mandaste a lo del carpintero, con las medidas para el cajón?

China, la muerta, no había sido buena con sus hermanas. Persona temperamental hasta el último suspiro, fue lo que se llama mujer mala. Hasta para sus hijos, Negrito y Vilma.

En los ojos de China se veían la furia y la protesta por no poder dar órdenes desde el lecho de su muerte. Sonia se quejaba del humor de la hermana postrada y Alba le decía que iba a llevarla el diablo por portarse así. En el final, a China la furia se le mantuvo intacta, como una escultura, como un trozo de hierro, como una pena arraigada.

Esa noche el padre Sixto vino a darle sus últimos ánimos, pero cuando llegó, Sonia le estaba cerrando los ojos. El cura dijo entonces:

–Los que mueren con los ojos abiertos son futuros santos. Otra santa está en el cielo. –Y Alba se persignó.

Extraído del libro **EL PUEBLO DE LA MALA SUERTE**,

© 2006, Editorial Comunicarte

## EL TRABAJO NÚMERO 13 DE HÉRCULES DE MARCO DENEVI

Según el apócrifo Apolodoro de la Biblioteca, "Hércules se hospedó durante cincuenta días en casa de un tal Tespio, quien era padre de cincuenta hijas a todas las cuales, una por una, fue poniendo en el lecho del héroe porque quería que éste le diese nietos que heredasen su fuerza. Hércules, creyendo que eran siempre la misma, las amó a todas". El pormenor que Apolodoro ignora o pasa por alto es que las cincuenta hijas de Tespio eran vírgenes. Hércules, corto de entendederas como todos los forzudos, siempre creyó que el más arduo de sus trabajos había sido desflorar a la única hija de Tespio.

© Marco Denevi

En **FALSIFICACIONES**, Corregidor, 1999

# Infantiles

## Una primavera muy particular de Margarita Eggers Lan

Federico jugaba a las escondidas en el parque, con sus amigos.

"A la doli, trelí, cuá,  
fina, Delfina,  
toca mandolina,  
el que no se escondió  
es una mandarina".

Cuando se quiso acordar, estaba en medio de unos árboles muy grandes.

De uno de ellos, colgaba una enredadera llena de campanitas violetas.

-Aquí me voy a esconder, nadie me podrá encontrar- pensó Federico.

Levantó la enorme planta colgante y se metió debajo. Ni bien apoyó su espalda en la corteza del árbol, el tronco hizo "CRAC... CRAC..." Federico empujó con la mano y comprobó que se hundía.

-No puede ser... ¡este árbol está hueco!  
-pensó. Con todo su cuerpo hizo fuerza hacia atrás y el árbol se abrió como una cáscara de nuez. Se hubiera pegado un porrazo terrible si no fuera porque cuando empezó a caer, su buzo quedó enganchado en una rama.

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo ver que hacia abajo había un largo túnel y a lo lejos, muy, muy lejos, brillaba una lucecita.

-En buena te metiste, Fede -se dijo a sí mismo. Con los pies pateó en el aire y chocó con algo duro. Parecía una escalera.

Se desprendió como pudo y empezó a bajar lentamente. Un escalón... dos... tres... muchos. Así hasta que llegó a una puerta. La abrió y... ¿A qué no imaginan qué encontró? Pues una viejita, muy viejita, toda encorvada que hablaba sola.

Caminó unos pasos, pero la anciana parecía no verlo.

Iba y venía de un lado al otro, con un largo palo, revolviendo unas ollas que hervían y largaban nubes de vapor.

Cuando se cruzó con Fede no se sorprendió para nada. Le dijo:

-Corréte de mi camino... ¿no ves que

estoy apurada? ¡No llego a tiempo!...

-¿A tiempo para qué? -preguntó.

-Para la primavera. Pero... ¡Basta de charla y vení a ayudar!

La señora tomó una cuchara de madera mientras se la entregaba, le ordenó:

-Tomá, revolvé el perfume de las violetas. Yo tengo que terminar el de los jazmines. Y todavía no empecé el de las rosas. Ése es más complicado, porque hay tantas clases de rosas...

Trabajando entre aromas, la anciana le contó que se llamaba Clelia y que era la encargada de fabricar el perfume de las flores. Pero ese invierno estuvo muy resfriada... y todo se había demorado.

Fede daba vueltas con la cuchara un líquido muy extraño, mientras doña Clelia iba echando con su mano arrugada unos polvos que sacaba de unos frasquitos pequeñísimos, mientras murmuraba:

"Dulces violetas,  
amorosas flores,  
perfumen el aire  
con suaves olores,"

Después se acercaba hasta otra de las grandes cacerolas y vaciando un pote blanco, repetía varias veces:

"Para los enamorados,  
ramos de jazmín.  
Aunque se marchiten  
su aroma no tiene fin."

Federico estaba feliz. Se sentía muy bien ayudando en una tarea tan importante. Así que se ofreció amablemente para repartir los perfumes. Quería que la primavera pudiera llegar a tiempo.

Bueno -dijo doña Clelia-, tenés que ir por esos caminos y volcar los aromas en unos maceteros. Así los olores suben a las plantas y llegan a las flores.

Fede salió presuroso a cumplir su misión, llevando en una canasta un montón de tarros de perfume.

Pero sucedió que, de golpe, se encontró en medio de un laberinto de túneles que tenían cartelitos como estos.

"Margaritas, cincuenta pasos a la derecha."

"Jazmines, cuatro saltos por el medio."

"Claveles, veinte suspiros a la izquierda."

Yo les juro que Federico hizo las cosas lo mejor que pudo. Cuando subió de nuevo a la superficie, los chicos estaban poniendo mantelitos sobre el pasto, preparando el picnic de la primavera.

Una nena se acercó a un clavel, lo olió y dijo:

-¡Sientan qué hermoso perfume a Jazmín!

Y sí. ¡Qué le vamos a hacer!

Ése fue el año en que las flores cambiaron los aromas y todo el mundo anduvo muy confundido. Pero les aseguro que resultó una de las mejores primaveras, una primavera muy particular.

© Margarita Eggers Lan  
En Menta y limón, Editorial Kapelusz



Ilustraciones Jimena Tello